

FAMILIA GUARANÍ, ATRAVESANDO UN RÍO

LOS ABORÍGENES

CUANDO los españoles descubrieron las islas Antillas en el Norte, sus navegantes descendieron sucesivamente al Sur, en campañas navales, a lo largo de las costas del Nuevo Continente. Zarpaban por lo general de la Península, refrescaban sus víveres en las islas del Océano Atlántico (Madeira, Azores, de San Vicente) y luego ponían las proas en demanda de la costa del Brasil.

Recalaban en ellas y las recorrían hacia el Sur, deteniéndose a menudo en la isla de Santa Catalina. Por este derrotero llegaron al Río de la Plata.

Los primeros descubridores y conquistadores españoles hallaron ambas márgenes de aquel río pobladas por innumerables y raras tribus de indígenas, semidesnudos, o a medio vestir con pieles y plumas de los animales silvestres, y con adornos y armas de piedra, de hueso, de conchas marítimas y fluviales, y de madera.

Cuando los descubrimientos se extendieron en el interior del Continente, se notó gran densidad de población, que era común a todas las regiones del Litoral y que sumaban muchos millones de almas.

No pertenecían a una misma raza, ni en todas las regiones hablaban la misma lengua.

Las razas indígenas eran numerosas, y unas no se entendían a menudo con las otras. Estaban, sin embargo, en contacto unas razas con las otras y hasta luchaban entre sí unas veces, y otras hacían el comercio, trocaban los objetos de la región que habitaban unas, por los productos de las otras regiones.

Está demostrado que al aparecer los españoles en el Plata, predominaban en tan vasto escenario, por lo menos, tres grandes razas guerreras y conquistadoras, que avanzaban las unas sobre los dominios de las otras, además de numerosas agrupaciones y tribus menos importantes y fuertes.

Desde el Norte de la altiplanicie boliviana, bajaron hasta el territorio del Río de la Plata los *incas*, que formaban una civilización antigua, superior y orgánica.

Su organización política, administra-


Tipo de mujer inca actual.

tiva, militar y social era admirable, y ha sido estudiada por los historiadores españoles primitivos y por los modernos escritores del Perú y de Bolivia.

Los incas conquistaron, gobernaron y civilizaron una gran parte del territorio argentino, mucho antes de la aparición de los europeos en América, por lo menos, hasta la región que hoy forma el Sur de la provincia de Córdoba, pues hasta allí se encuentran sus fortalezas, su lengua, sus monumentos de piedra, sus armas, sus objetos de cobre, alfarerías y otras huellas inequívocas de su dominio. Más al Norte y Noroeste de Córdoba, en las regiones andinas, existen ruinas de ciudades y monumentos, inscripciones petrográficas y otros testimonios de la conquista definitiva del territorio. Las tribus vencidas por ellos eran arrojadas hacia el Sud y hacia los territorios inmensos del Chaco, donde todavía viven sus descendientes, formando pequeñas tribus poco a poco diezmadas por la civilización.

Las lenguas de estas pequeñas tribus son muy extrañas, y algunas de ellas, que son limitadísimas, revelan su inferioridad mental y social, pues carecen de nociones fundamentales y de los medios de expresarlas.

En la región del Océano Atlántico bajaban en son de conquista los *guaraníes,* raza de guerreros que ocuparon el Continente desde las Antillas hasta el Plata, no solamente en el Litoral, sino también en una gran zona del Interior, en la hoya del Amazonas, en la línea divisoria de las aguas de las cuencas de este gran río y de la del Río de la Plata y, más al Sur, en el actual territorio pampeano argentino y en las faldas orientales de los Andes.

La conquista de los guaraníes debió chocar con la conquista de los incas, que bajaban del Norte paralelamente a ellos, en las regiones del centro y andinas de la República Argentina, pues se encuentran rastros evidentes, lingüísticos y de otro género, del dominio de los incas en el interior y en las cordilleras de esa región. Las dos voluminosas corrientes de aborígenes conquistadores que bajaban por el Centro, y por el litoral del Atlántico, chocaron, desde


Restos de una gran raza: incas modernos.



LOS GUARANÍES, A CABALLO, HOSTILIZANDO EN EL RÍO ALTO PARAGUAY AL CAÑONERO NORTEAMERICANO "WATERWITCH".—(AÑO DE 1845)

la Cordillera de los Andes hasta el Río Paraná y el de la Plata, con otra poderosa raza nómade, guerrera e indómita también, la de los *araucanos*, que dominaban ambas faldas de las cordilleras andinas, desde los confines del Imperio de los incas. Los araucanos eran tal vez los que tenían más cualidades militares entre todos los indígenas del Plata.

Habían rechazado algunas otras tribus menores hacia la Patagonia, y ocupaban todo el Litoral Argentino del Atlántico y del Río de la Plata y una parte de la ribera derecha del Río Paraná, donde estaban en guerra con los incas y con los guaraníes en la época de la llegada de los españoles.

Sus inmensos dominios se extendían también en la Patagonia, hasta el Estrecho de Magallanes, y desde los Andes al mar; pero allí hacían una vida más nómada que los del Norte.

En Tierra del Fuego existió otro núcleo humano, de tipo semi-esquimal, que en mi opinión representa en esta parte del mundo los últimos restos de los hombres antiquísimos, vulgarmente llamados antediluvianos o, científicamente, cuaternarios.

Estas tribus eran menos importantes que las anteriores, y hablaban varias lenguas, que se mantienen en la actualidad, raras, de limitado vocabulario, como que era tan aislada y salvaje la vida de los que las hablaban.

En la región Sud de la Patagonia, los indios tenían grande estatura, y como se mostraron a los primeros españoles que llegaron a sus tierras, vestidos con pieles de animales silvestres, la altura y el volumen de sus cuerpos parecían mayores, por cierto, y muy superiores a los del hombre común, casi el doble del que correspondía a los demás indígenas del Norte. Sin duda excitaron misteriosamente la imaginación de los conquistadores. Tal fué el origen de las fábulas sobre la existencia de gigantes en la Patagonia, que han vulgarizado las historias comunes. En realidad, eran hombres de estatura elevada, pero no fuera de lo común, por lo general.

Los inmensos núcleos de aborígenes conquistadores, a que me he referido antes, los guaraníes, los araucanos y los incas, suspendieron sus guerras entre sí a la aparición de los españoles, para combatir implacablemente contra



Tipos fueguinos. Estos indios, habitantes de la Tierra del Fuego, y de aspecto semiesquimal, acaso representan en la América meridional los últimos restos de los hombres cuaternarios.



La sangrienta batalla de Loreto (1837), que tuvo lugar en las cercanías de la actual ciudad del Rosario. Los dos jefes de semblantes parecidos, que comandaban las tropas cristianas, son: en segundo plano, lanza en ristre, el coronel Hilario Lagos; y en primer plano, pistola en mano, el teniente coronel Estanislao Zeballos.

el enemigo común, el europeo invasor de sus dominios y de sus hogares, que amenazaba su independencia.

Esta heroica guerra de razas y de conquistas de hombres primitivos y de civilizaciones, no ha terminado en Sud América; pero en la República Argentina concluyó en 1880, por la derrota y sumisión final de pocos millares de indígenas que aun vivían independientes.

Los indios defendieron durante más de tres siglos su independencia y sus tierras; fueron vencidos al fin en la República Argentina, y huyeron a los países vecinos, o se sometieron.

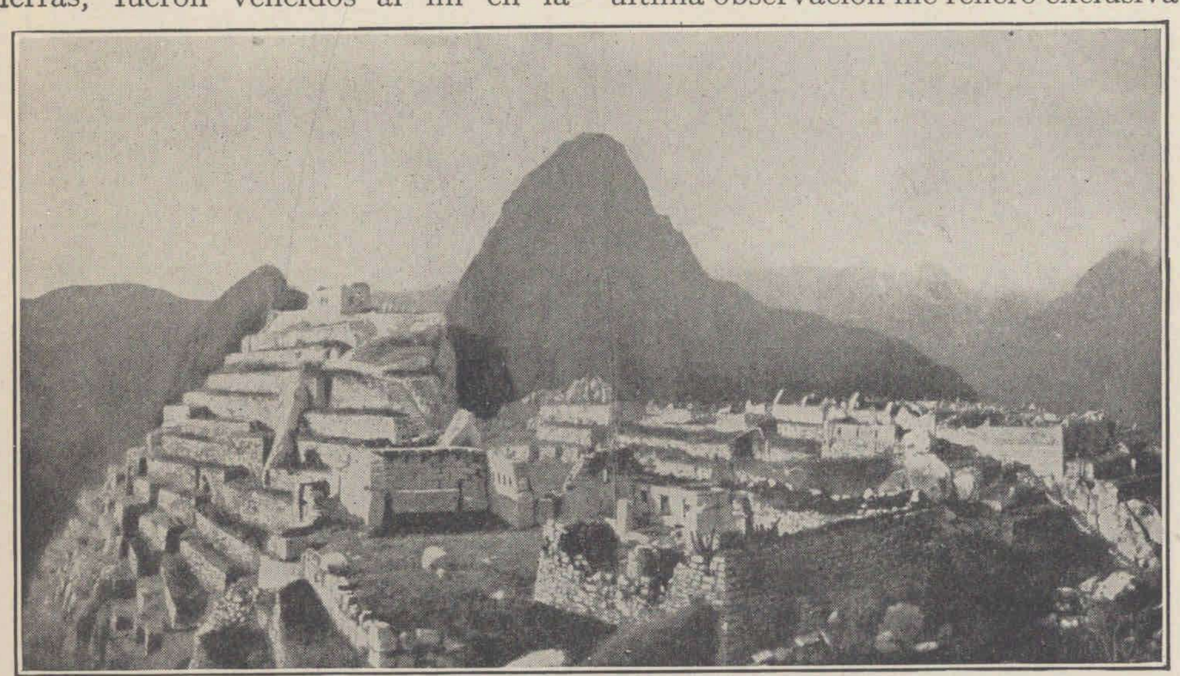
Las poblaciones incas, guaraníes y araucanas se mezclaron con las poblaciones de origen europeo, formando así la base del desarrollo de las masas mestizas rurales y urbanas de los nuevos Estados.

Los indígenas puros y los mestizos se distinguieron en aquella homérica lucha de siglos, revelando condiciones admirables de valor, de inteligencia y de carácter.

Los jefes indígenas fueron diplomáticos eximios y generales de gran mérito, como lo han acreditado durante su indómito batallar contra la civilización europea y de los nuevos Estados americanos.

En la República Argentina ocuparon siempre los descendientes de los indios guaraníes, araucanos e incásicos, puros y mestizos, posiciones distinguidas en la política, en las letras, en el comercio, en la industria y en el ejército; y aun quedan algunos en acción, si bien en número muy reducido, por la casi total extinción de aquellas razas.

Son elementos reducidos en número, porque la masa de la población argentina ha definido un tipo europeo, absorbiendo las razas aborígenes; y en la última observación me refiero exclusivamente a algunos indígenas sometidos a la civilización, educados por ella y que han llegado hasta a ganar por concurso altas posiciones intelectuales y comerciales.



Una de las ciudades fortificadas que tenían los incas en su vasto Imperio.

Hoy, el problema de las razas ha desaparecido en la República Argentina, por la absorción de los indígenas y porque no existen negros, sino como ejemplares de curiosidad.

La larga lucha con la civilización argentina trasformó el carácter general de las masas indígenas. Se mezclaron las sangres, las lenguas, las religiones y las costumbres.

Las necesidades militares obligaron a los indios a abandonar sus viejas armas de piedra (flechas, hachas, cuchillos,

etc.) y adoptaron armas similares a las de los cristianos, y algunas de las de estos mismos.

El uso del caballo se generalizó entre los indios de una manera prodigiosa, y llegaron a ser verdaderos centauros. Los caballos fósiles o antediluvianos se habían extinguido; y cuando llegaron los españoles, los indios marchaban a pie a través del Continente.

Introducidos los caballos en la República Argentina por los conquistadores, los indios los adoptaron, y llegaron a familiarizarse con ellos de tal manera, que fueron jinetes maravillosos.

Esto los obligó también a cambiar su táctica militar, adoptando ciertas formas de combate, formaciones y movimientos que imitaban los de los cristianos.

Sus caballos, criados en el desierto por los indios, tenían una sobriedad y una resistencia superiores a las del caballo del cristiano, y una destreza en el combate verdaderamente admirable; de manera que los choques de caballería cristiana con la caballería indígena, con frecuencia resultaban favorables a la última (no obstante la superioridad de las armas de la primera), debido a la calidad y destreza de los caballos.

Adquirieron así cierto grado de organización militar europea, y maniobraban a toque de clarín. Libraron sangrientas batallas contra la Civilización, siendo dos de las más importantes la de Loreto, en 1837, que puso en peligro a la ciudad del Rosario, y la última, en que fué aniquilado su poder militar, en San Carlos, al Sur de Buenos Aires, en 1872.



Los pretendidos gigantes de la Patagonia eran, en realidad, hombres de estatura elevada, pero no fuera de lo común, por lo general.

Los guaraníes en el Norte y en la costa del Atlántico, los araucanos en las regiones centrales y en la Patagonia, y los incas mismos en las del Norte y Noroeste, adoptaron el caballo. Pero los incas lo usaron en menor escala y continuaron siendo insignes peatones.

Sus mismos trajes asumieron formas distintas, pues la desnudez y las pieles y las plumas, del siglo XV, fueron substituídas por tejidos que los mismos indios fabricaban con fibras silvestres, con lana de guanacos o de vicuñas, preciosos animales americanos, o con la misma lana de las ovejas introducidas por los españoles.

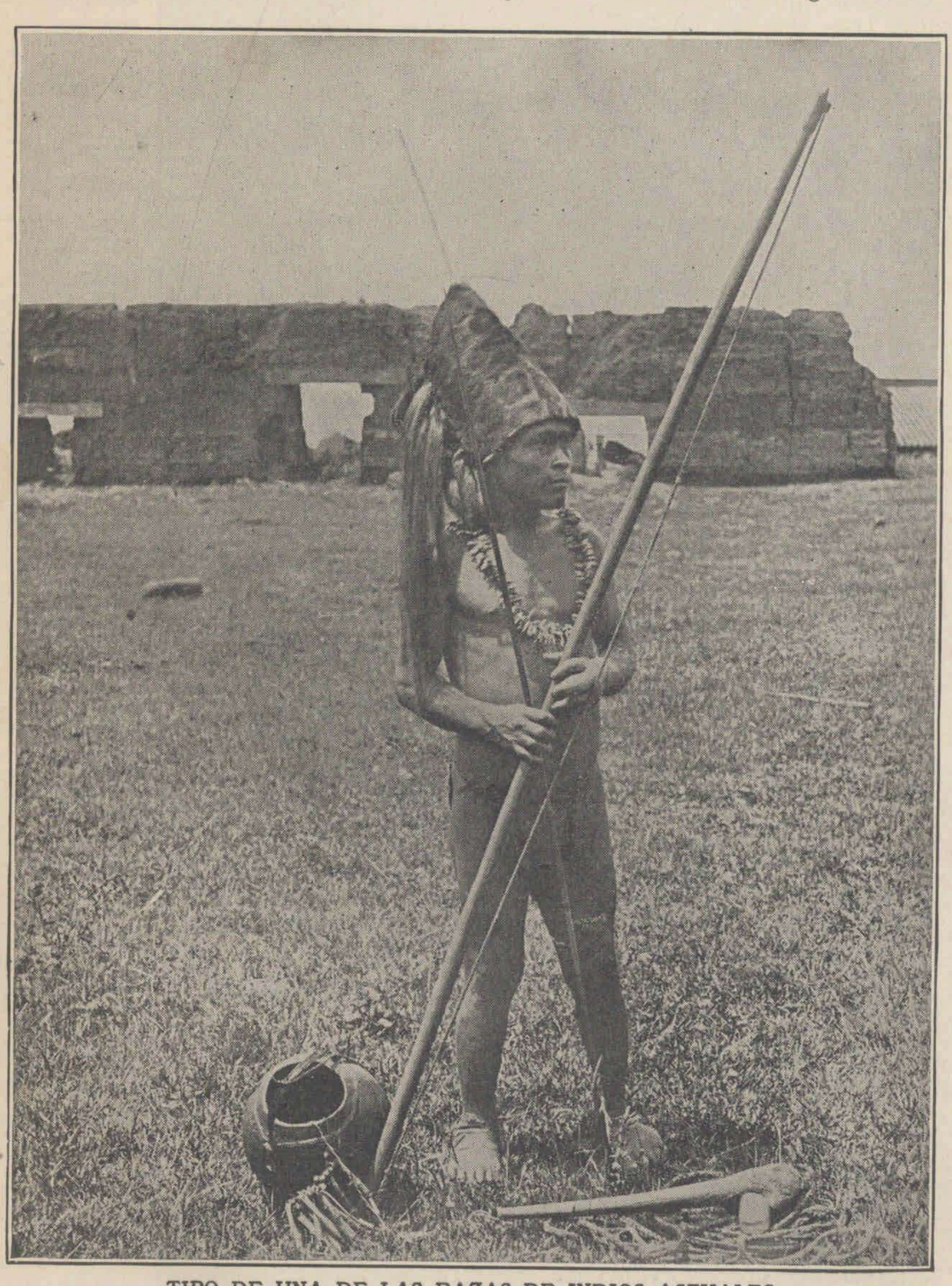
En la actualidad viven algunas masas poco numerosas de indios araucanos en la Cordillera de los Andes australes, entregados a la vida tranquila del pastoreo y de la agricultura; pero sus costumbres y sus trajes son completamente europeos, y sólo se diferencian de los blancos por el color de la tez y por los rasgos fisionómicos.

Los fueguinos, pescadores e ictiófagos, se reducen también a la vida civilizada.

En la época del descubrimiento y la conquista, los indios guaraníes eran agricultores y navegantes, utilizando para sus viajes frágiles canoas de troncos cavados. Los araucanos eran pastores, y los incas tenían una civilización industrial, artística, económica y política tan adelantada como las grandes civilizaciones asirias y egipcias.

Los fueguinos eran también navegantes, y empleaban raras canoas que fabricaban con la corteza de ciertos árboles.

Hoy todas estas razas han desaparecido, por absorción de la Civilización, en el territorio argentino; pero quedan escasos ejemplares, en estado más o menos primitivo todavía, en las regiones del Chaco y en la Patagonia andina, y en la Tierra del Fuego.



TIPO DE UNA DE LAS RAZAS DE INDIOS ACTUALES